

La ciudad romana deducida del plano de 1880 por Casañal y Zapatero. En él se señala de color el barrio de la judería.

BREVE HISTORIA DE ZARAGOZA

Por Francisco Iñiguez Almech
Arquitecto, Comisario del Patrimonio
Artístico Nacional

Forzados a comenzar la historia de Zaragoza cuando ya existen restos monumentales seguros, queda perdida su etapa anterromana, de la cual solamente llegan a nosotros unas citas enlazadas al nombre de Salduba.

La ciudad romana se construyó en cabeza de puente sobre el Ebro, y su calzada, prolongada a lo largo de la calle de Don Jaime I, fué eje de su contorno rectangular, de ángulos ligeramente redondeados. Abandonada, como todas, su primitiva muralla de hormigón, tan pronto se hace permanente la «Paz de Augusto», debió de desaparecer casi de todo, para rehacerse con piedras aprovechadas, de prisa y corriendo, a raíz de las primeras incursiones bárbaras. De esta fecha fué exhumado un trozo

en el Monasterio del Santo Sepulcro, junto al ángulo noroeste, elevado sin cimentar sobre un campo de ánforas boca abajo, que esperaban su turno de carga, junto a las márgenes del río y se vieron envueltas por la avenida. Junto al opuesto ángulo de la línea norte ha sido descubierto, recientemente, otro gran lienzo, con cubos de planta ultrasemicircular, fabricado con aprovechados sillares de muros, fustes y bóvedas, y adosado a la vieja muralla de hormigón; varios fragmentos más han ido saliendo en la cimentación del Pilar y a lo largo de los Cosos, jalonando así el viejo recinto, tan preciso en el plano como de todos conocido.

Estos restos, unidos a mosaicos, esculturas y recuerdos de un templo y una

cloaca, bastan para definir su primera etapa de grandeza, afirmada por la numismática colonial, no superada en ninguna de las cecas españolas contemporáneas, aunque sí en las levantinas anteriores, de origen helénico. Los restos monumentales no pueden parangonarse, por desgracia, con los emeritenses ni aun con los de Itálica y del litoral: Zaragoza empezó entonces a padecer su destino con una primera devastación, que habrá de repetirse a cada trastorno histórico.

Y hemos de saltar todo el período visigótico, por no haber dejado un solo resto que merezca mención, y el árabe, documentalmente mejor conocido y con la Aljafería en pie, pero tan maltrecha y deformada que vale más no hablar de

ella, mientras no se acometa su merecida restauración: ahora parece que va por buen camino: ¡Dios haga que pronto sea una realidad!

Dentro aun de la dominación árabe, tuvo la ciudad un núcleo cristiano de gran importancia, con templos conocidos en los actuales recintos del Pilar y Santa Engracia, también sin explorar ni analizar poco ni mucho, por lo cual, y lamentándolo de veras, ha de comenzar el estudio de los grupos cristianos luego de la Reconquista y no en los primeros años, porque tan sólo el tímpano empotrado en un muro, un abside y cuatro o cinco capiteles románicos dan testimonio de presencia del arte, tan extendido por toda la provincia.

El comienzo habrá de fijarse en el siglo XIII, y su iniciación coincide con la marcha conjunta, emprendida por cristianos y moriscos en su afán de captarse las enseñanzas góticas. Sus ejemplos, también alterados y maltrechos, tienen la importancia de sintetizar toda la arquitectura regional, como es de razón, porque como capital del reino habrá de influir durante siglos sobre toda la comarca.

Lo más típico de ella son las torres, de planta cuadrada y octogonal, y allí aparecen la de Santa María Magdalena como ejemplo de las primeras, unida a la espléndida de San Pablo, mejor conservada e igual a la también octogonal de Tauste, en la provincia, única en todo Aragón que puede tomarse como árabe en su cuerpo inferior, pues la que tuvo La Seo, y que más tarde quedará consignada, está en situación tan difícil que ni siquiera su forma puede definirse. Ambas torres pueden tomarse como prototipo: la cuadrada fué igual en un todo a las famosas turolenses, mucho más intactas, y lo mismo por documentación posible que por arte no es posterior a ellas. La octógona conserva bien su primer cuerpo de escalera, igual al de los alminares, el de campanas, que su destino cristiano agregó a la vieja forma, y la terraza superior con torrecilla central de salida, ya inútil pero interesantísima como resto de la copiada forma árabe, en la cual era necesaria. Todo este final queda ahora encerrado en el chapitel y se llega a él por una escalerilla, que nace en una puerta de arco apuntado abierta en los paños de la bóveda hecha para cubrir el cuerpo de campanas, proporcionando así un

lugar de refugio en alto, sólo accesible por una escalera de mano, justificativo de una forma de remate innecesaria y que se repite en la ya citada de Tauste, entre las octogonales, y las de Longares y Romanas (todas en la provincia), por no citar más que las cuadradas intactas. En un artículo de *Archivo Español de Arte y Arqueología* analicé, hace años, esta estructura inicial y sus derivaciones posteriores, siguiendo un proceso que no cabe en estas páginas y que en la misma ciudad puede seguirse en las posteriores de Santos Juan y Pedro, San Miguel de los Navarros y la sumamente tardía (quizá del XVII) de San Juan de los Panetes, completando la serie existente como muestra la más destacada del arte morisco, que tuvo su culminación en la «Torre Nueva» (alzada como reloj de la ciudad por los Reyes Católicos y la más rica y suntuosa de todas ellas, no sólo en filigranas geométricas de ladrillo, sino en su misma planta estrellada, sin más antecedentes que un bastión de la muralla de Teruel, poco probable como presunto modelo, y el resto posible de la árabe empotrada dentro del actual campanario de La Seo, si tuvo esta for-

ma, lo que hasta el momento no se puede afirmar.

El morisco, ya sin formas constructivas, engalana los muros de las iglesias construidas con estructura gótica: el propio abside de la Magdalena (en la misma figura 1) es buena muestra, pero a todas, y aun a todo lo aragonés, gana el prodigioso muro de La Seo, construido como cierre de la capilla de San Miguel (la «Parroqueta»), fundada por el Arzobispo D. Lope Fernández de Luna en 1374 para su panteón. En su alicatado, inseparable de los lazos de ladrillo, intervienen artistas andaluces, y por ello es el único ejemplo aragonés que emplea otros tonos diversos de los blancos, verdes y melados de todas partes, hasta que el Renacimiento introduce en Tarazona los de escudos pintados y figuras de relieve.

La «Parroqueta» tiene una estructura curiosa de nave única cubierta por tramos de crucería y cabecera con tres capillas, que rápidamente ha de copiarse en los alrededores de Calatayud (Morata de Giloca, Torralba de Ribota y Tobed, como más intactas). Detrás, y en forma inicial independiente, está la capilla sepulcral, abierta al principio de la iglesia y cubierta por el maravilloso artesón de madera dorada y policromada, contemporáneo de los granadinos y tan rico como ellos. Su sepulcro inicia la serie de grupos escultóricos de alabastro y es el primero conocido que presenta en sus frentes la serie de «plorantes», famosa en la escuela borgoñona, tan emparentada con la aragonesa.

Las bóvedas de esta capilla son de piedra, por caso raro en lo aragonés. Siempre emplearon el ladrillo, y tienen las nervaduras y celosías, o tracerías, de óculos y ventanales, de yeso, el otro material de la región.

Buen ejemplo de yaserías fué La Seo en las infinitas etapas de su construcción, mereciendo citarse en este rápido análisis su cimborrio, morisco, enlazado a los nombres ilustres de D. Lope y D. Pedro de Luna, el Pontífice que muere en Peñíscola; se construye sobre las dos estrellas musulmanas de ocho vértices, se termina en su forma actual ya en el siglo XVI y sirve de modelo a los construidos en Tarazona y Teruel (figura 2).

Las tracerías y yaserías, hoy ocultas en sus ejemplares más viejos, son buena muestra de lo que puede resistir

Figura 1.—Torre y ábside de la iglesia de Santa María Magdalena, siglo XII (?) y XIII, reformada en la época barroca.





Figura 2.—Torre de la Seo, proyectada en 1683 por Juan Bautista Contini, terminada a partir del primer piso por Cuyen, Serrano y Borbón; esculturas de Joaquín Arali en 1790.



Figuras 3 y 4.—Lonja de Zaragoza, edificada entre 1541 y 1551 por orden del arzobispo Don Fernando de Aragón.



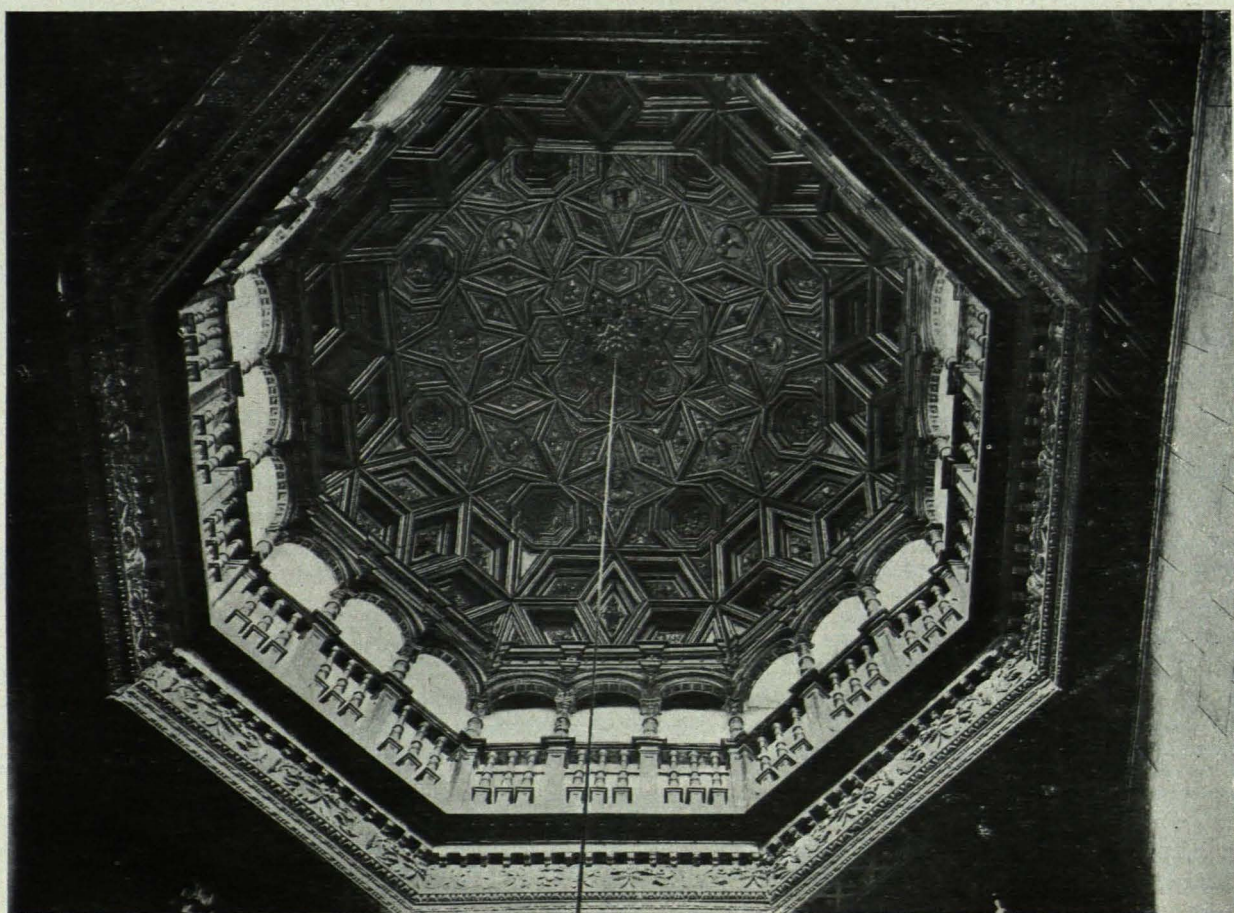
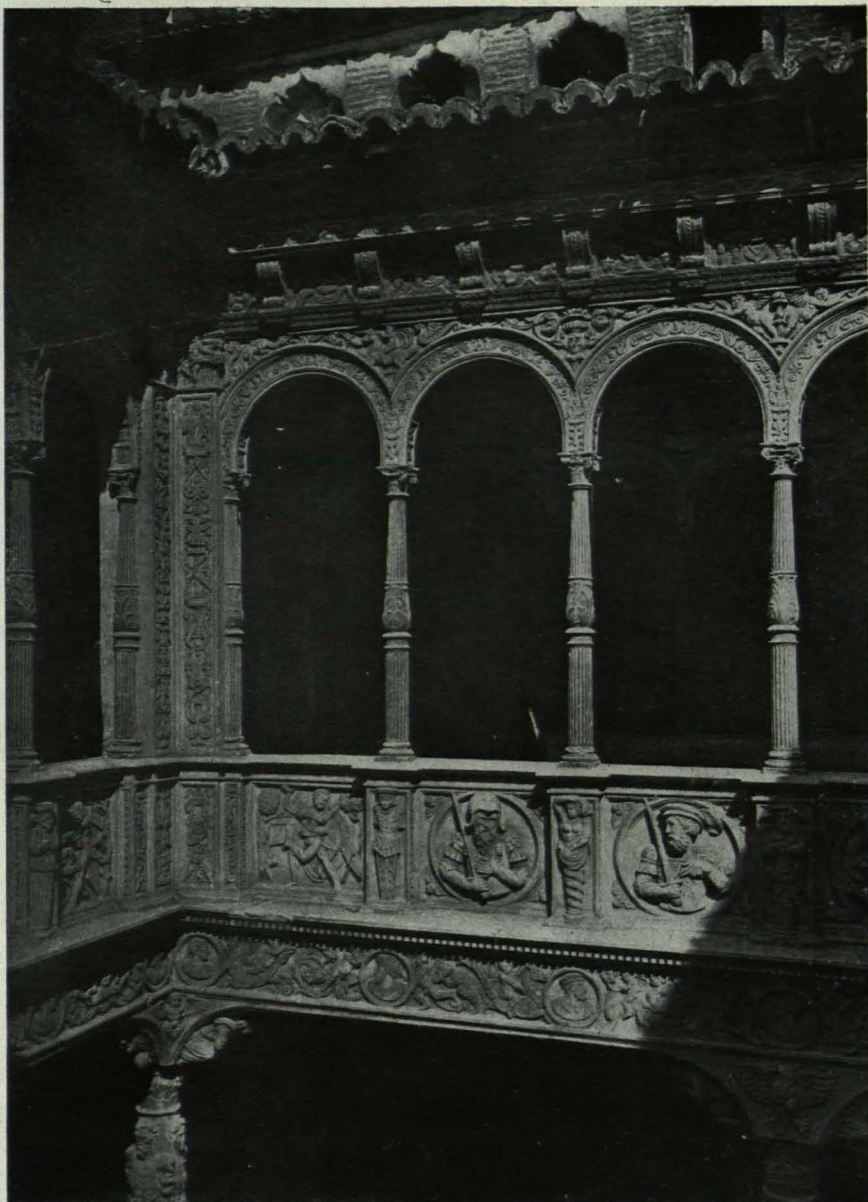
el yeso bien trabajado, y de los esgrafiados falsos tan aragoneses sólo quedaban los recientemente descubiertos en la «Parroquieta», ya que los demás, y aun las pinturas de hojarasca de Mahoma Rami, fueron borrados cuando en el último empujón constructivo del Arzobispo D. Fernando de Aragón se manda «pincelar y empedrar» con cal y yeso todo el interior de la catedral, simulando un monótono aparejo de piedra que a nadie engaña, pero que andaba más en consonancia con los afanes renacientes de los años del siglo XVI. Entonces *sufre* La Seo, en la acepción literal de la palabra, otra transformación de trascendencia: se mandan «bocelar», esto es, cubrir de estrias y baquetones los pilares que dejó redondos su antecesor, borrando el seguro precedente regional de aquellos salones de columnas cubiertos con bóvedas que arrancan a igual altura, como las naves de las mezquitas, de los cuales es aún ejemplo maravilloso la Lonja (figura 4). Al interior, como todas las construcciones del plateresco, mezcla las bóvedas góticas, un poco acupuladas, por armarse sobre arcos de medio punto, y con terceletes curvos, a los adornos renacentistas, especiales en sus modos, sobre todo en sus fuentes anillados y las figuricas sobre los capiteles. Ha de tenerse en cuenta que en Aragón el plateresco se inicia por senderos mucho más directos hacia lo florentino que el resto de España. Así sus patios (fig. 5), de los que pocos restan, están inspirados en los precedentes de Brunelleschi, de pocos y espaciados apoyos en el orden bajo, siempre adintelado, y arquillos menudos en lo alto: así es la casa de Pardo y así fué el ejemplo mejor de todos: el llamado de «La Infanta» y tantos otros, que siempre le sumaban una gran

escalera claustral cubierta por rica armadura de bóveda raras veces y las más de artesón sobre una galería de arquillos, como la conservada en la casa de «La Maestranza» (figura 6). Más tarde son frecuentes la supresión del patio y el crecimiento del zaguán, que se llama atio allí, guardándose el nombre de «luna» para el verdadero, y desarrollando la casa en derredor de la escalera, asomada sobre la cubierta desde su cuerpo de luces.

Al exterior son típicas las galerías de arquillos del piso último (figs. 3 y 7) que han sustituido a las góticas, casi siempre de ventanas rectangulares y con gran alero encima, como si se hubiera colocado el tejado sobre una hilera de almenas, trabadas de una a otra con arquitos conopiales (figura 5), parte superior, por encima del alero corrido sobre la arquería del patio. Alguna vez existen los torreones angulares, más abundantes con seguridad en aquellos años, y siempre se van reduciendo los decorados de ladrillos, suprimiéndose o simplificándose los lazos que antes adornaban el muro entero como un tapiz. Los azulejos abandonan el tipo de alicatado y son blancos y verdes (partida la superficie diagonalmente para los dos colores) o de cuencas, con resabios tradicionales de lecerías falsas.

La gran transformación del arte de aquellos días se ve aquí por los nombres de los artistas: desaparecieron los Mahoma, Muza y Abd-el-Melik; los Ramí, Lesnes y Galí se hicieron cristianos y con ellos pululan los clasicistas Gombao, Sariñena, Tudelilla, enlazados a los escultores Forment, Morlanes y los extranjeros Moreto, Joli, tan unidos todos que es difícil muchas veces separar su obra. El camino hacia el barroco se hace sin cambios bruscos (el herrera-

Figuras 5 y 6.—Patio del palacio de Taporta, o de «La Infanta» (antes de su traslado a París), y artesonado de la escalera en el Palacio de la Maestranza (siglo XVI).



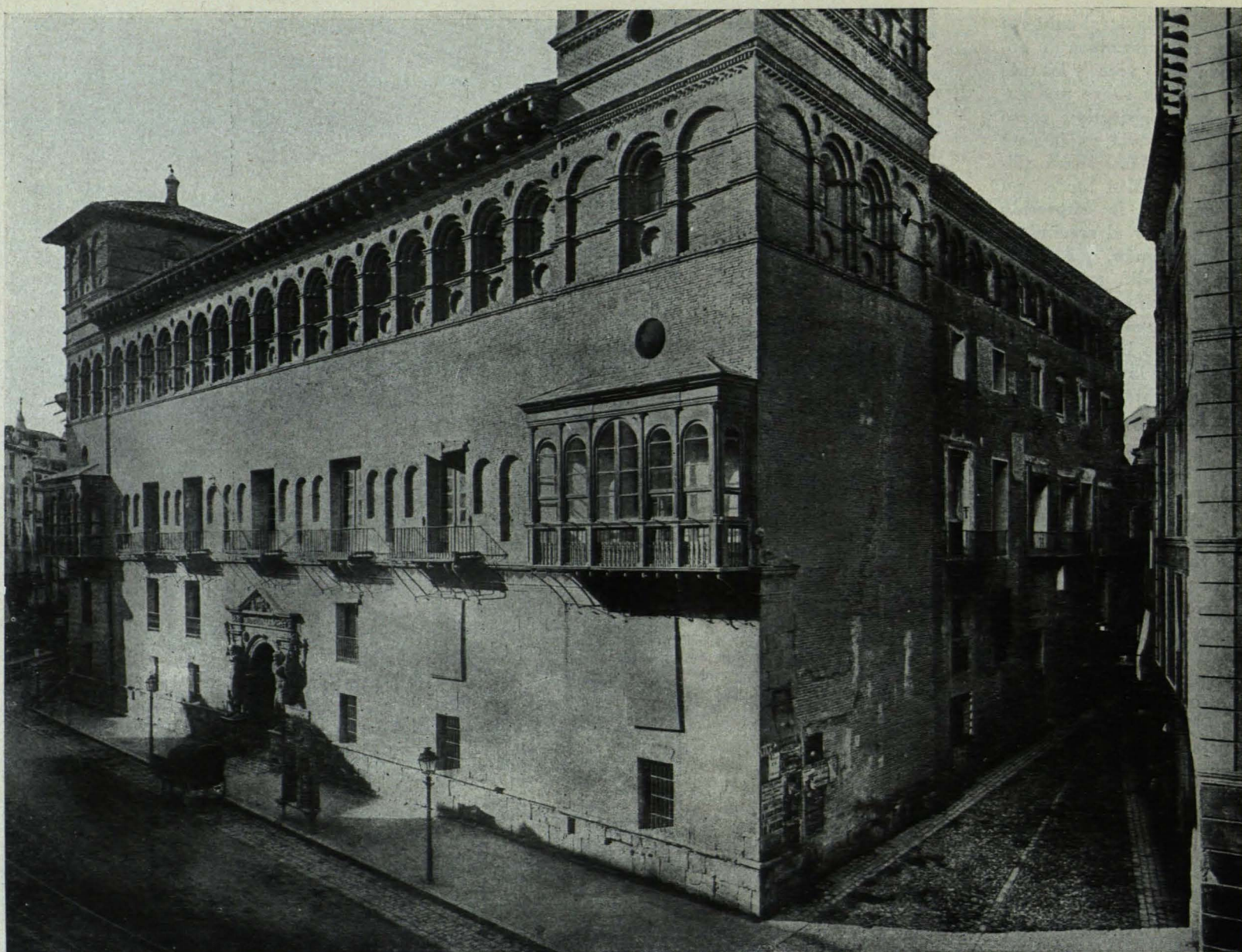


Figura 7.—Palacio de Luna, hoy Audiencia en Zaragoza. Siglo XVI.

no es muy raro), embasteciéndose y abultándose la decoración, cargada de planos recortados y pilastras superpuestas; jugando el yeso, nunca abandonado, con el mármol negro y el jaspe ocre, ambos del país, con un renacimiento extensísimo de lacerías complicadas y difíciles en las bóvedas (capilla de la Seo, iglesia de Santiago), en las cuales el viejo ataurique y los mozarabes han quedado sustituidos por las cabezotas y los picos facetados del churrigueresco. Por entonces (comienzos del siglo XVIII y parte del anterior) abundan en lo aragonés las iglesias de tres naves con cimborrio casi centrado de influjo vallisoletano, muy ricas decorativamente y de pilares estrechos, como cumple a sus ligeras bóvedas, pero en contra de los módulos clasicistas (San Juan de los Panetes y mejor San Cayetano); al final, este tipo de iglesia ad-

mite el rococó más intenso en formas y color, que por esta causa se ha creído siempre de origen jesuítico valenciano, representado como en ningún otro lugar en la desaparecida iglesia del Seminario de Teruel, en San Juan «el Nuevo», de Calatayud, y en San Carlos Borromeo, de Zaragoza.

Un poco anterior es la torre de la Seo, sobre trazas, según fama, originales de Juan B. Contini y traídas de Italia en 1683, pero adaptadas al ladrillo regional (las figuras son de piedra, no de yeso). No sé si la traza incluiría el remate bulboso; el hecho es que no hay torre que, a partir del siglo XVII, se reforme poco o mucho; que no tenga este aditamento, tan oriental en su origen como tendido entonces por Europa entera: lo hay en Checoslovaquia, Austria, Holanda..., pero en España, al menos de un modo

corriente, no es más que aragonés, quizá porque se adapta preciosamente a las torres moriscas y al tono del ladrillo (San Andrés y Santa María de Calatayud, Santa María de Ateca).

Por fin, el neoclásico tiene un ejemplo fundamental en el templo de Nuestra Señora del Pilar, proyectada en barroco por Herrera el Mozo, y barroquísima de línea exterior, con sus cúpulas de silueta apiramidada hacia el cimborrio, situado en el centro de la planta, y de color brillante a base del ladrillo y las tejas vidriadas.

El grabado que se acompaña (fig. 8) representa el Templo cuando todavía no contaba con las dos torres altas de la fachada del mediodía. Detrás de la cúpula central se ve, ya adelantada, una de las mencionadas torres. No se conservan los alzados de Herrera el Mozo, y es

difícil saber cómo pensó construir las. La más vieja, del XVII todavía, fué aceptada luego de un concurso. La otra, que aparece en la última fotografía, se construyó en el siglo pasado por suscripción, dentro de las líneas de la otra, pero con menos acierto y sin tener en cuenta las trazas de don Ventura Rodríguez, que con una lógica estética absoluta pensó en unas torres bajas que no alterasen la silueta del conjunto, solución teórica indiscutiblemente irrepachable, pero alterada por las soluciones ya históricas; y no cabe dudar de que la Historia tiene una gran fuerza cuando se habla de restauraciones de monumentos.

Al interior, don Ventura triunfó plenamente, con poco



Grabado de la Virgen del Pilar, del siglo XIII.

acierto en la totalidad de las naves y con éxito indudable en la capilla de la Virgen, barroquísima de planta e idea, por encajar un templo dentro de otro, y digna del renombre del maestro.

Pocas líneas más, porque tan sólo de desastres pueden hablar en este resumen apretado, que no entra en trazados, calles y casas posteriores, y se para en el destrozo de los Sitios, que una vez más arrasó Zaragoza y dejó como de milagro lo poco que en pie queda, como pasó con lo romano, y lo visigodo, y lo árabe y lo románico; y si con tales destrozos resta aún lo que hay, ¿cómo sería antes de la última devastación? O mejor todavía: ¿cómo hubiera sido si no hubiese padecido tales trastornos?

Figura 8.—El Templo del Pilar según un grabado del siglo pasado.

